

Cordelia

Cordelia Tarot

El Destino en Tus manos



Luciérnaga

CORDELIA

CORDELIA TAROT

El Destino en Tus manos



Ediciones
Luciérnaga



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Cordelia, 2018.

© de las ilustraciones de interior y cubierta: María Pascual de la Torre

© de las fotos de interior: Locote-Shutterstock; Kusska-Shutterstock;

Grunge Creator-Shutterstock

Dirección de arte: Planeta Arte & Diseño

Diseño y maquetación de interior: Rudesindo de la Fuente (www.rudydelafuente.com)

Primera edición: abril de 2019

© Edicions 62, S.A, 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-69-2

Depósito legal: B. 889-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

PRÓLOGO

9

DE CÓMO EL TAROT LLEGÓ A MI VIDA Y CÓMO ME CONVERTÍ EN TAROTISTA

13

QUÉ ES EL TAROT EN REALIDAD Y CÓMO PUEDE AYUDARTE

31

UN CAMINO LLENO DE SORPRESAS

51

PALABRAS CLAVE Y PROFUNDIZACIÓN EN LOS ARCANOS MAYORES

101

TIRADAS SENCILLAS CON ARCANOS MAYORES

175

ÚLTIMOS CONSEJOS PRÁCTICOS

203

EPÍLOGO

217



DE CÓMO EL TAROT
LLEGÓ A MI VIDA
Y CÓMO ME CONVERTÍ
EN TAROTISTA



Casi al final de una divertida tarde de presentaciones, tapeo y risas, llega la esperada pregunta...

—Cordelia, y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy tarotista...

Se hace el silencio, un momento de silencio sepulcral, que si no estás acostumbrado, definirías como irrespirable. Solo falta el trueno en la ventana. Respiro hondo, resignada: «Vale, Cordelia, ahora tienes todas las miradas clavadas en ti, lo has vuelto a hacer». Esas miradas os aseguro que llegan a pinchar, no me apetece, pero sonrío e intento quitarle hierro al asunto. Carraspeo y entonces hago un chiste fácil, que por cierto ya de antemano sé que no todo el mundo va a entender... Aun así, lo hago, suponiendo que es una posible salida:

—Pero tranquilos, no, no soy capaz de leer la mente, vuestros secretos están a salvo.

Vuelvo a sonreír, esta vez de forma menos marcada. No sirve..., sigo notando a mi alrededor el asombro, el desconcierto de las personas que me rodean y que al final son desconocidas. Observo sus ojos abiertos como platos, algunos ni pestañean, codazos que pre-



tenden ser disimulados, sonrisas maliciosas dibujadas en rostros que se giran para no ser descubiertos, miradas con cierto recelo que se cruzan entre los asistentes... Lo confieso, no termino de acostumbrarme todavía. Finalmente, alguien intenta darle cierta normalidad al momento de una manera un poco forzada, es evidente, y entonces, de forma directa lanza la pregunta...

—¡Anda! ¡Qué curioso...! ¿Y eso?

Si esto te ocurre a ti alguna vez, a partir de aquí hay un punto y aparte. Así que desde ese instante va a depender de ti y del día que tengas, pero sobre todo de las explicaciones que estés dispuesto a ofrecer. Seguramente lo que te apetezca sea zanjarlo con un simple encogimiento de hombros y poco más... Pero bueno, al final la elegancia impera y respondes de la forma más breve y sincera de la que eres capaz:

—Pues ya ves, unos son abogados, otros médicos y otros..., ayudamos a muchas personas con el tarot.

Esta es una de las respuestas que yo más utilizo y que funciona, pero solo es una idea. Si decides dedicarte a este mundo, irás adquiriendo cada día más práctica cuando te veas inmerso en situaciones similares, no te agobies demasiado por el momento.

Tras esta escena, notarás cómo se esquivo el asunto y se hace un giro brusco para hablar de otra cuestión totalmente alejada, que habitualmente suele ser de lo más trivial: el tiempo, los canapés, la decoración del lugar..., no sin antes percibir los murmullos que se están produciendo en los corrillos a tu alrededor. Habitualmente suele tratarse de simples y breves intercambios de opinión al respecto.



La velada sigue adelante y en un momento dado necesito ir al aseo, me doy cuenta de que alguien me está siguiendo y accede en el baño sigilosamente detrás de mí. La miro con cara de asombro. Y entonces, esa persona también mira inquieta hacia todos los lados, se asegura de que no hay nadie con nosotras y me lanza la pregunta, eso sí, después de ponerme debidamente en antecedentes en solo dos minutos. Mientras tanto, las necesidades fisiológicas imperan y voy notando que he bebido demasiado líquido y que necesito, cada segundo con más urgencia, eliminarlo... Ya me entendéis.

—Cordelia, con total discreción, te lo ruego... Mira, mi marido lleva meses haciendo cosas raras, está poco atento conmigo y muy pendiente de su móvil. ¿Me es infiel? Dímelo, por favor, la duda me está consumiendo por dentro, estoy muy angustiada. Échame las cartas. —Sus ojos se clavan desesperados en los míos, como intentando vislumbrar alguna señal en mi reacción.

Ahora soy yo quien arquea las cejas en un gesto de pseudodisculpa y aunque empatizo absolutamente con el estado de angustia de mi interlocutora y de hecho intento calmarla con mis gestos, me veo obligada a declinar su petición con una sonrisa que pretende ser tranquilizadora. Seguidamente, paso a explicarle lo más brevemente posible que no acostumbro a meter mi baraja de cartas en el minúsculo bolsito de fiesta que llevo esa noche, le hago entender que necesito mi herramienta para poder hacer correctamente mi trabajo y dar una respuesta a su pregunta, lo entiende y lo acepta, no sin dejar de traslucir cierta desilusión en su rostro. Me pide mi número de teléfono para hablar conmigo «en un momento de mayor intimidad y más propicio».



Tras la corta conversación, sale del aseo de la misma forma que entró, temerosa de que alguien pueda descubrirla.

No os engañéis amigos, aún hoy, aunque por suerte ya cada vez menos, hay todavía bastantes tabús en todo lo que rodea al mundo del tarot.

Si estáis leyendo este libro es porque os interesa conocer más acerca del tarot. Quizá algún día, tal vez en este mismo momento, os hayáis planteado seriamente dedicaros a lo mismo que yo. Con esta sencilla anécdota quiero poner ante vosotros, situaciones con las que os tocará bregar de vez en cuando, serán situaciones incómodas, tal vez resulten pintorescas y a veces hasta ridículas, pero no os preocupéis antes de tiempo, dado que en la mayoría de ocasiones, al menos esa es mi experiencia, os sentiréis felices y orgullosos de dedicaros a este fantástico mundo. Es un trabajo muy gratificante y satisfactorio, podréis ayudar a personas que atraviesan un momento de oscuridad, seréis vosotros quienes con vuestros dones arrojéis luz en su camino y les ofrezcáis una esperanza, una guía que les servirá para abrir su propia ventana a la fe, una ventana con vistas al futuro llena de esperanza y claridad. Convertiréis la angustia en la ilusión por alcanzar un nuevo lugar.

Dicho esto, a vosotros sí que os voy a responder ampliamente a ese tan escuchado... «¿y eso?», es decir, a la cuestión de cómo me decidí a aceptar mi renacer espiritual —así fue como lo calificó mi maestra— y dedicar mi vida por completo a la *-mancia* por excelencia, según mi criterio: el tarot.

¿Cuál es mi motivación, día a día? Siempre ha sido, es y será ayudar a otras personas en momentos vitales en que las embargan



miedos, inseguridades, angustias..., e incluso acompañarlas en su crecimiento espiritual, mostrarles el camino hacia su futuro y facilitar la toma de decisiones, incluso que se conozcan mejor a sí mismas. Da vértigo, ¿verdad? Pues debéis saber que en el momento en el que decidáis optar por esta profesión, estaréis aceptando de forma implícita toda esa responsabilidad y alguna más que iréis descubriendo por vosotros mismos. No quiero adelantarme.

Debéis saber y tener siempre presente que habrá incluso personas que pongan la dirección de su vida en vuestras manos, literalmente, y como ya supondréis es asumir una gran responsabilidad, pero también es clave saber distinguir dónde termina la nuestra, como tarotistas, y dónde empieza la de la persona consultante. Más adelante, en otro capítulo, os mostraré algunas herramientas muy útiles para entenderlo un poquito mejor. Básicamente todo esto es en esencia el tarot.

Me vais a permitir contaros en unos breves trazos mi evolución personal y algunas confidencias, con la humilde pretensión de que no os sintáis extrañados cuando vayáis subiendo cada uno de los escalones hasta llegar a vuestra meta. Ya os adelanto, sin intención alguna de desanimaros, que no es un camino ni fácil ni corto, pero que sin duda alguna merece —y mucho— la pena recorrer.

Siendo yo muy niña ya me daba cuenta de que poseía un «sexto sentido»; era raro... Os cuento, cuando una persona se acercaba a mí, y sin apenas abrir la boca, yo era capaz (mantengo aún totalmente intacta esta capacidad) de conseguir verla por dentro, ver su alma o su aura, si queréis darle un toque más místico, adelantarme a sus





intenciones, su sinceridad o falsedad quedaban evidenciadas ante mí con solo mirarla a los ojos... Iba más allá de lo que me mostraban mis ojos, eran y son sensaciones claramente identificables. Cuando yo afirmo con rotundidad que una persona no me gusta, es que no me gusta, y tras poco tiempo queda desenmascarado. Voy a intentar explicaros con palabras lo que siento, es una especie de rechazo que a veces llega incluso a manifestarse en náuseas y en un malestar localizado en la zona del plexo solar... ¿Intuición? Tal vez. Por si os lo estáis preguntando, ya me adelanto y os diré que por supuesto esto se produce de igual modo a la inversa y percibo sin dificultad quién se acerca a mí con buena intención, quién tiene una energía limpia y me habla desde el corazón, de forma altruista y sin envidias ni celos, ni utilizando malas artes. Sencillamente, con un alma pura y confiable.

Desde siempre he tenido presentimientos, palpitos e intuiciones, *flashes* que se manifiestan de forma repentina. Vuelvo a intentar explicarlo con palabras: siento en mi interior una alegría profunda que también nace en la boca del estómago e invade por completo mi cuerpo, a veces incluso arrancándome una sonrisa involuntaria. En ese mismo instante viene a mi mente de forma fugaz la imagen de algún proyecto o alguna situación que tengo pendiente o estoy llevando a cabo. Entonces estoy segura de que aquello que ha llegado de forma abrupta a mi psique saldrá perfectamente, no tengo miedo, y esta imagen deja tras de sí una estela de paz y certidumbre, una sensación de confianza, de que todo está bien y debo mantener la fe. Tanto en mí como en la persona que me consulta.



En otras ocasiones se me manifiesta, al contrario, un miedo incontrolado; lo defino como una angustia insoportable que se agarra fuerte con sus garras puntiagudas en mi plexo solar; o me invade una pena inmensa, me falta el aire, y siento una opresión en el pecho, náuseas o incluso vómitos. Me embarga un sentimiento de tristeza que está viniendo a anunciarme, sin lugar a dudas, que aquello por lo que me preguntan o que aparece de pronto en mi mente o en mi corazón no va a salir bien, o al menos no de la manera que queremos. A veces me revela alguna desgracia, algún accidente, un hecho negativo... En alguna ocasión he renegado de mi don a causa de la intensidad de estas percepciones, no puedo dejar de decíroslo, he sentido rechazo, no he querido saber, he querido cerrar filas, mantenerlo oculto, pero no he sido capaz de hacerlo, no se me ha permitido.

Ahora, con el paso de los años, y tras haber renegado de ello en el pasado, no solo lo valoro; además, me siento afortunada y agradecida por haber sido bendecida con este don, lo trabajo para potenciarlo cada día un poco más y lo utilizo para construir, siempre en positivo. En definitiva, percibo el desenlace de las situaciones a través de premoniciones y veo el interior de las energías de las personas y las intenciones que estas esconden.

Volvamos para atrás de nuevo, a la parte quizá más delicada, que es cuando aceptas tus «particularidades» y asumes que no van a desaparecer. Es un momento de aceptación e intentas explicarte qué ocurre a tu alrededor, por supuesto también en el entorno familiar. Con el tiempo y la experiencia aprenderás a distinguir a quién debes





o no contarle tu don. Ten claro que no todo el mundo es merecedor de conocerlo, aprenderás a ser una suma sacerdotisa, a mantener tus secretos y compartir tu sabiduría con aquellos que estén preparados para recibirla; no debes creer a ciegas que todo el mundo te va a entender, o mejor dicho, que lo quiera o sepa aceptar, o sencillamente que tenga interés en conocer a fondo el tema para después crearse una opinión propia, pero objetiva y formada.

Yo os contaré un poquito de mi historia y de sus personajes más importantes, y de lo que ocurrió cuando decidí compartir mis experiencias con mi entorno.

En el momento en el que tuve un poquito más de conciencia sobre estas cualidades especiales de las que os he hablado tendría unos doce o trece años. Entonces supe que era diferente al resto de la gente que me rodeaba, y comprobé con sorpresa que aquellos presentimientos a los que incluso, a veces, ni yo misma hacía caso, ocurrían tal y como yo había sentido. Estas intuiciones eran cada vez más frecuentes y se hacían notar más, como queriendo llamar mi atención, como si desearan ser atendidas. Decidí entonces que era el momento de contarlo e intentar indagar en ellos y, sobre todo, buscar respuestas acerca de qué era lo que estaba ocurriendo conmigo.

En primer lugar opté por recurrir a mi madre, en busca de su ayuda y consejo. Su reacción me sorprendió; incluso podría decir que me molestó. Ella simplemente dejó que yo terminara de hablar y, sin más, como ignorando mi preocupación, cambió ágilmente de tema, no le prestó la más mínima atención, o eso creía yo en ese momento... Parecía que no quería saber nada. Ahora, visto con la perspectiva



del tiempo, pienso que quiso tapar el sol con un dedo, y que obviamente no lo consiguió... Cada vez que yo trataba de volver al tema, pasaba inmediatamente a otra actividad o cambiaba de habitación, dando por hecho que se me pasaría... pero se equivocó. Aquel don no solo no se me olvidó, sino que cada vez se hizo más presente, como si quisiera ocupar un lugar preferente en mi vida. Y así fue.

Pasó el tiempo y tuve mis amoríos y como a la gran mayoría de mortales, a mí también me tocó..., me rompieron el corazón en mil pedazos. Y como todos los desamores fue una vivencia de intenso y profundo dolor. Nuevamente recurrí a mi madre, pero esta vez fue distinto. Charlamos durante largo tiempo por teléfono, yo era un mar de lágrimas agónicas que buscaba respuesta a todos mis porqués y ella, mientras, intentaba calmarme sin éxito; empleó todas las técnicas posibles, pero ninguna conseguía sosegar mi duelo. Tal vez su inmenso amor de madre y, por qué no decirlo, la frustración de cada intento fallido de serenarme hizo el resto, así que entonces, sin más, por fin se abrió y me habló. Entonces la sorpresa apareció en mi rostro y tras sus palabras, tomó aire, guardó unos segundos de silencio y con voz serena una a una me dio todas y cada una de las respuestas a aquel mal de amores, concluyó con un «hazme caso, yo sé lo que te digo» digno de la mejor rueda de prensa. Yo me apresuré a lanzarle una batería de preguntas que ella zanjó rápido y, un poco forzada por la intensidad del momento, confesó:

—Cordelia, yo siempre he intuido, he presentido las cosas... Así que tranquila, hija, ese hombre volverá, lo que pasa es que ahora hay alguien más en su vida.





No me lo podía creer, el nudo de mi garganta desapareció. Yo estaba asombrada y muy emocionada, no solo por la información, sino porque por fin sabía que me aceptaba como soy. No entendía nada y a la vez lo entendía todo tras aquellos minutos de conversación, era lo mismo que me ocurría a mí y que parecía que nunca quiso escuchar.

No falló, aquello que predijo que pasaría, pasó. Tras aquel episodio nunca más quiso volver a hablar del tema y hoy sigue esquivando la cuestión cuando lo menciono (al recordar aquellos momentos y escribir sobre ellos, no puedo borrar una sonrisa tierna y tonta de mi cara). Por supuesto, yo respeto profundamente su actitud y desde aquí le doy las gracias por este don que me ha transmitido, sin ella seguramente quererlo. Ella es mi suma sacerdotisa, mi consejera, mi apoyo y mi más feroz crítica cuando ha de serlo y, por supuesto, cómo no, mi apoyo incondicional, siempre.

También hay alguien muy especial en mi vida de quien quiero hablaros, ya que es todo lo opuesto a mi madre. Ella es mi tía (la hermana de mi madre), la única tía que tengo y con la que me llevo apenas un lustro de diferencia en edad. Ella se ha convertido en mi cómplice, me entiende y me comprende, porque tiene una sensibilidad y una intuición completamente fuera de serie. Mi tía, a diferencia de mi madre, me habló de forma clara, sin subterfugios... «Yo también», me dijo abiertamente. Me cuenta cosas y situaciones que ha vivido, que ha soñado y que después se han producido tal y como las veía en sus sueños. Efectivamente compartimos este don, pero ella jamás quiso desarrollarlo, por miedo y por respeto, dice siempre.



Gracias, tía, porque cuando no supe el camino, tú fuiste mi «ermitaño» alumbrándome el siguiente paso seguro para mí, haciéndome ir hacia dentro, a analizar cada situación; siempre estuviste ahí, creíste en mí y nunca negaste, jamás me hiciste sentir extraña y pude ser yo, yo en esencia.

Existe una parte en mi familia paterna cuya energía también ha llegado hasta mí y que, vamos a decirlo así, cuentan con una «particularidad». Y es que según contaba siempre mi abuela sobre su propia madre, es decir, mi bisabuela, esta era capaz de maldecir y su maldición tarde o temprano se cumplía; incluso me contó cómo mi bisabuela había conseguido que algunos de sus más acérrimos enemigos cayeran en desgracia. Mi abuela llegó a enseñarme la frase que empleaba como conjuro, pero me vais a permitir que la guarde para mí. Mi bisabuela pocas veces hizo uso de esta particular capacidad, pero cuando lo hacía, siempre en palabras de mi abuela, impregnaba su maldición contra esa otra persona de tal rabia y de tal fuerza, que terminaba teniendo resultados fatales. Esta parte es un poco más truculenta y de esto han pasado ya muchos años, sin embargo algo ha llegado hasta mí, soy consciente de ello, también debo decir que esa parte de la magia, de la canalización del don o de como vosotros lo queráis llamar, decidí dejarla atrás, simplemente no me interesa. Lo siento y lo defino como un equilibrio entre las dos fuerzas que han confluído en mí. Como he comentado en líneas anteriores, yo solo trabajo para ayudar a quien recurra a mí, del resto ya se encargará el karma, no lo dudéis.

Con estas íntimas confesiones, quiero transmitir os mi mensaje a todos los que estáis leyendo estas líneas; siempre tendréis el apoyo



de alguien, a veces callado y otras veces explícito y abierto. No estáis solos, nunca lo habéis estado.

Siempre he sabido que yo era distinta, pero lo que no sabía era el porqué, ni el para qué, ni si debía hacer algo con aquello. Simplemente pasaba, y punto. No le daba mayor importancia, ahora he podido comprobar que simplemente no era la ocasión, mi madurez espiritual no había llegado aún.

Regresemos al momento en el que, no sin sentir cierto pudor, lo confieso, os contaba que me habían roto el corazón por cien sitios distintos (quizá exagero, pero muchos trozos). En aquella época un tanto triste de mi vida, supuse que por tratarse de una situación muy intensa y al estar mis sentimientos a flor de piel, pude resolver muchos enigmas que me acechaban. Moviada por la angustia y ya habiéndose producido aquella reveladora conversación con mi madre, una tarde decidí aceptar la insistente propuesta de ella (sí, aunque suene increíble de mi madre...) de visitar a una «amiga» suya que leía el tarot. Yo, para ser sincera, era bastante reacia, pensaba que poco podría decirme y no sabía si realmente eso aclararía algo más dentro de mi mente y de mi alma o la confundiría aún más.

Seré sincera... Iba sin demasiada esperanza, no creía demasiado en el tema, pero bueno, al final pensé que mal no me iba a hacer, porque ya me sentía destrozada... Cuestión del destino, supongo. Todo era un poco raro, a la vez que tenía bastante claro que no iba a creer lo que me dijera, sentía cierto respeto por las respuestas que tendría para mí. Una idea continuaba rondando mi cabeza: las cartas, ¿me condicionarían?



Llegamos al sitio y una puerta se abrió. Una gran sonrisa nos recibió, era una chica muy agradable de grandes ojos marrones que llamaron rápidamente mi atención; eran extrañamente parecidos a los míos. Tras los saludos de rigor, me condujo a una sala, tenía poca luz y estaba pintada de morado (el color de la protección). Al fin, me invitó a sentarme y de una preciosa caja de madera tallada con la palabra «tarot» sacó su baraja de cartas. Barajó varias veces, yo corté y una a una las cartas fueron colocadas de forma estratégica y ordenada en la mesa. Yo todavía no había abierto la boca cuando me dijo sus primeras palabras: «Vienes por alguien que está lejos». Mi expresión habló por sí misma. Efectivamente, el que había sido mi novio hasta entonces vivía en otra ciudad, a ochocientos kilómetros de la mía. Empecé a tensarme, tragué saliva. De la misma manera, una a una fue desvelándome todas las verdades —algunas no muy agradables, dicho sea de paso—; me confirmó, entre otras lindezas, lo que ya me había advertido mi madre, esto es, que había una tercera persona en la ruptura. Me dijo cosas tan íntimas que nadie podía saber de mí, de mi familia, de quien había sido mi pareja..., cosas que después se fueron cumpliendo con el transcurrir del tiempo, al pie de la letra.

Os confesaré lo más curioso de todo esto y adonde quiero llegar: cada carta que depositaba en la mesa producía en mí sensaciones tales que yo sabía prácticamente lo que iba a decirme después; comprendía lo que transmitía cada una de ellas sin haber visto nunca antes aquellos extraños dibujos.

Tras una hora, la sesión finalizó. Me dejó mucho más tranquila. La tarotista concluyó diciendo lo siguiente: «Las cosas se arregla-



rán». Aquella sesión me dejó muy pensativa, y no era por mi maltrucha relación amorosa, no, sino por esa experiencia personal que yo había experimentado con las cartas. Seguramente aquella tarde descubrí lo que yo era...

La idea no se iba de mi cabeza y a los pocos días, de forma automática, fui a la tienda esotérica que frecuentaba para adquirir mis ingredientes para los rituales y me hice con mi primera baraja de tarot, el tarot de Marsella. La usé muy poco, no conecté del todo con ella e incluso llegué a dudar de si ese era mi campo. Pero al poco tiempo llegaría a mis manos el tarot de Rider Waite: con aquellas cartas fue totalmente distinto, con ellas conecté de forma inmediata, aquel tarot me hablaba. Comencé siguiendo las indicaciones de la persona que me las vendió. Leí libros, recibí varios cursos, unos mejores, otros peores, acudí a conferencias, vi vídeos, desarrollé poco a poco mi intuición, practiqué una y otra vez, así durante cinco años. Mi vida cambiaba, mi entorno y mis circunstancias también lo hacían, pero mi baraja de tarot me acompañaba fiel en todo mi recorrido, siempre conmigo, necesitaba sentirla cerca. Hasta que un día llegué a la conclusión de que se había convertido en mi gran consejero, en mi compañero, y comprendí que siempre podría confiar en él, que nunca me mentiría. Se había hecho imprescindible en mi vida.

Acudía una y otra vez a él cuando sentía miedo, cuando sentía alegría y sobre todo cuando la incertidumbre me acechaba. Colocaba las cartas, una tras otra, una tras otra, y ellas me hablaban, me calmaban, eran un bálsamo; yo entendía sin esfuerzo su mensaje, me atrevería a decir que era casi un diálogo... Era mágico, fascinante,



muy emocionante, era una comunión total. Yo podía ver más allá, había entendido por qué yo era especial, diferente.

Quise compartir la experiencia con mis más allegados y tuve que rendirme ante sus peticiones... Empecé con muy pocas ganas, lo admito, a leer las cartas a amigos y familiares, a compañeros de trabajo, después a amigos de mis amigos, a clientes de mis amigas que tenían negocio propio y poco a poco se fue abriendo el abanico... Y así hasta llegar al día de hoy.

He resumido mucho para no aburrirlos y porque además esto no pretende ser un libro autobiográfico, pero no me quiero dejar en el tintero que el mío ha sido un largo camino, bonito, pero también en ocasiones bastante duro, intentando negar algunas veces la evidencia; un camino plagado de miedos irracionales, de inseguridades internas, de no saber canalizar energías, de cierto pudor a la hora de decir quién eres, de mofas de gente que no lo comparte y, aun peor, que tampoco lo respeta. Pero después de todo, el balance es positivo... siempre.

Pero no es menos cierto que yo tengo clarísimo que para mí no hubo elección, el tarot me eligió y yo no quise mirar para otro lado, yo lo miré de frente.

